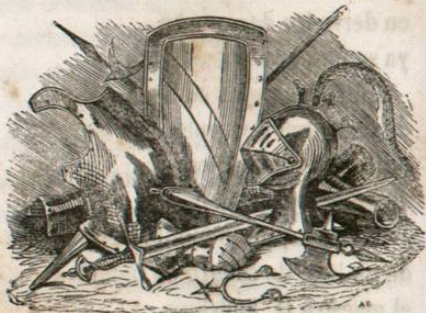


Desnudó la aguda daga,
al moro la dió, diciendo :
Acáballo, y sosegado
subió y entregóse al sueño.



EL FRATRICIDIO.

ROMANCE I.

EL ESPAÑOL Y EL FRANCÉS.

« Mosen Beltran, si sois noble,
doléos de mi señor,
y deba corona y vida
á un caballero cual vos.

« Ponédle en cobro esta noche,
así el cielo os dé favor;
salvád á un rei desdichado
que una batalla perdió.

« Yo con la mano en mi espada,
y la mente puesta en Dios,
en su real nombre os ofrezco,
y ved que os la ofrezco yo,

« En perpetuo señorío
la cumplida donacion
de Soria y de Monteagudo,
de Almansa, Atienza y Seron.

« Y á más doscientas mil doblas
de oro, de lei superior,
con el cuño de Castilla,
con el sello de Leon,

« Para que paguéis la hueste
de allende que está con vos,
y con que fundéis estado
donde mas os venga en pro.

« Socorréd al rei D. Pedro,
que es legítimo, otro no;
coronád vuestras proezas
con tan generosa accion.»

Así cuando en occidente
tras siniestro nubarron,
un anochecer de marzo
su lumbre ocultaba el sol,

Al pié del triste castillo
de Montiel, donde el pendon
vencido del rei D. Pedro,
aun daba á España pavor;

Men Rodríguez de Sanabria
con Beltran Claquin habló;
y este le dió por respuesta
con francesa lengua y voz.

« Castellano caballero,
pues hidalgo os hizo Dios,
considerád que vasallo
del rei de Francia soi yo;

« Y que de él es enemigo
D. Pedro vuestro señor,
pues en liga con ingleses
le mueve guerra feroz.

« Considerád que sirviendo
al infante Enrique está,
que le juré pleitesía,
que gajes me da y racion.

« Mas ya que por caballero
venís á buscarme vos,
consultaré con los míos
si os puedo servir ó no.

« Y como ellos me aconsejen
que dé á D. Pedro favor,
y que sin menguar mi honra
puedo guarecerle yo;

« En siendo la media noche
pondré un luziente farol
delante de la mi tienda,
y encima de mi pendon.

« Si lo veis, luego veníos
vuestro rei D. Pedro y vos,
en sendos caballos, solos,
sin armas y sin temor.»

Dijo el frances, y á su campo
sin despedirse tornó,
y en silencio, hácia el castillo,
retiróse el español.



ROMANCE II.

EL CASTILLO.

Inútil monton de piedras,
de años y hazañas sepulcro,
que viandantes y pastores
miran de noche con susto,

Cuando en tus almenas rotas
grita el cárabo nocturno,
y recuerda las consejas
que de ti repite el vulgo:

Escombros que han perdonado,
para escarmiento del mundo,
la guadaña de los siglos,
el rayo del cielo justo:

Esqueleto de un gigante,
peso de un collado inculto,
cadáver de un delincuente
de quien fué el tiempo verdugo:

Nido de aves de rapiña,
y de reptiles inmundos
vivar, y en que eres lo mismo
de lo que eras há cien lustros:

Pregonero que publicas
elocuyente, aunque tan mudo,
que siempre han sido los hombres
misericordia, opresión, orgullo:

De Montiel viejo castillo,
monton de piedras y musgo,
donde en vez de centinelas
gritan los siniestros buhos;

¡ Cuán distinto te contemplo
de lo que estabas robusto,
la noche aquella que fuiste
del rei D. Pedro refugio!

Era una noche de marzo,
de un marzo invernal y crudo,
en que con negras tinieblas
se viste el orbe de luto.

El castillo, cuya torre
del homenaje el oscuro
cielo taladraba altiva,
formaba de un monte el bulto.

Sobre su almenada frente,
por el espacio confuso,
pesadas nubes rodaban
del huracán al impulso.

Del huracán, que silbando
azotaba el recio muro
con espesa lluvia á veces,
y con granizo menudo;

Y á veces rasgando el toldo
de nubarrones adustos,
dos ó tres rojas estrellas,
ojos del cielo sañudos,

Descubria amenazantes
sobre el edificio rudo,
y sobre el vecino campo
del cielo entrambos insulto.

Circundaban el castillo,
como cercan á un difunto
las amarillas candelas,
fogatas de triste anuncio;

Pues eran del enemigo
vencedor, y que sañudo
el asalto preparaba
codicioso y furibundo.

De la triste fortaleza
no aspecto de ménos susto
el interior presentaba,
último amparo y recurso

De un ejército vencido,
desalentado, confuso;
de hambre y sed atormentado,
y de despecho convulso.

En medio del patio ardia
una gran lumbrada, á cuyo
resplandor de infierno, en torno
varios satánicos grupos

Apiñados se veían,
en lo interno de los muros
altas sombras proyectando
de fantásticos dibujos.

Gente era del rei D. Pedro,
y se mostraban los unos
he hierro y sayos vestidos,
los otros medio desnudos.

Allí de horrendas heridas,
dando tristes ayes, muchos
la sangre se restañaban
con lienzos rotos y sucios.

Otros cantaban á un lado
mil cánticos disolutos,
y fanfarronas blasfemias
lanzaba su labio inmundo.

Allá de una res asada
los restos frios y crudos
se disputaban ferozes,
esgrimiendo el hierro agudo.

Aquí contaban agüeros
y desastrosos anuncios,
que escuchaban los cobardes
pasmados y taciturnos.

Ni los nobles caballeros
hallan respeto ninguno,
ni el órden y disciplina
restablecen sus conjuros.

Nadie los portillos guarda,
nadie vigila en los muros,
todo es peligro y desórden,
todo confusion y susto.

Los relinchos de caballos,
los ayes de moribundos,
las carcajadas, las voces,
las blasfemias, los insultos,

El crujido de las armas,
los varios trajes, los duros
rostros formaban un todo
tan horrendo y tan confuso,

Alumbrado por las llamas,
ó escondido por el humo,
que asemejaba una escena
del infierno y no dei mundo.

El rei D. Pedro entre tanto
separado de los suyos,
en una segura cuadra
se entregó al sueño profundo.

Miéntas en un alta torre,
despreciando los impulsos
del huracan y la lluvia,
de lealtad noble trasunto,

Men Rodríguez de Sanabria
no separaba ni un punto
del lado donde sus tiendas
la francesa gente puso,

Los ojos y el pensamiento,
ansiando anhelante y mudo
ver la señal concertada,
astro de benigno influjo,

Norte que de sus esfuerzos
pueda dirigir el rumbo,
por donde su rei consiga
de salud puerto seguro.



ROMANCE III.

EL DORMIDO.

Anuncia ya media noche
la campana de la vela,
cuando un farol aparece
de Claquin ante la tienda.

Y no mísero piloto,
que sobre escollos navega,
perdido el rumbo y el norte
en noche espantosa y negra,

Ve al doblar un alta roca
del faro amigo la estrella,
indicándole el abrigo
de seguro puerto cerca,

Con mas placer, que Sanabria
la luz que el alma le llena
de consuelo, y que anhelante
esperó entre las almenas.

Latiéndole el noble pecho
desciende súbito de ellas,
y ciego bulto entre sombras
el corredor atraviesa.

Sin detenerse un instante
hasta la cámara llega,
do el rei D. Pedro descanso
buscó por la vez postrera.

Solo Sanabria la llave
tiene de la estancia régia,
que á noble de tanta estima
solamente el rei la entrega.

Cuidando de no hacer ruido
abre la ferrada puerta,
y al penetrar sus umbrales
súbito espanto le hiela.

No de aquel respeto propio
de vasallo, que se acerca
á postrarse reverente
de su rei en la presencia;

No aquel que agoviaba á todos
los hombres de aquella era,
al hallarse de improviso
con el rei D. Pedro cerea;

Sino de mas alto origen,
cual si en la cámara hubiera
una cosa inesplicable,
sobrenatural, tremenda.

Del hogar la estancia toda
falsa luz recibe apénas
por las azuladas llamas
de una lumbre casi muerta.

Y los altos pilarones,
y las sombras que proyectan
en pavimento y paredes,
y el humo leve que vuela

Por la bóveda y los lazos
y los mascarones de ella,
y las armas y estandartes
que pendientes la rodean,

Todo parece movable,
todo de formas siniestras,
á los trémulos respiros
de la ahogada chimenea.

Men Rodríguez de Sanabria
al entrar en tal escena
se siente desfallecido,
y sus duros miembros tiemblan,

Advirtiéndole que D. Pedro
no en su lecho, sino en tierra,
yace tendido y convulso,
pues se mueve y se revuelca,

Con el estoque empuñado,
medio de la vaina fuera,
con las ropas desgarradas,
y que solloza y se queja.

Quiere ir á darle socorro.....
mas ai!..... en vano lo intenta!
en un mármol convertido
quédase clavado en tierra,

Oyendo al rei balbuciente,
so la infernal influencia
de ahogadora pesadilla,
prorumpir de esta manera.

«Doña Leonor... vil madrastra!!!
quita, quita... que me aprietas
el corazón, con tus manos
de hierro encendido... espera,

«D. Fadrique no me ahogues...
no me mires, que me quemas.
Tello!... Coronel!... Osorio!...
qué queréis?... traidores, ea!

«Mil vidas os arrancara.
No tembláis?... dejádmelo... afuera.
Tambien tú, Blanca?... y aun tienes
mi corona en tu cabeza!

«Osas maldecirme? inicua!!!
hasta Bermejo se acerca...
moro infame!... temblád todos.
Mas, qué turba me rodea?...

«Zorzo, á ellos: sús, Juan Diente.
Aun todos viven?... pues mueran.
Ved que soi el rei D. Pedro,
dueño de vuestras cabezas. —

«Ai que estói nadando en sangre!
Qué espadas, decid, son esas?
qué dogales?... qué venenos?...
qué huesos?... qué calaveras?...

«Roncas trompetas escucho...
un ejército me cerca,
y yo á pié?... denme un caballo
y una lanza... vengan, vengan.

«En caballo y una lanza.
Qué es el mundo en mi presencia?
Por vengarme doi mi vida,
por un corcel mi diadema (1).

«No hai quien á su rei socorra?
A tal conjuro se esfuerza
Sanabria, su pasmo vence
y esclama: « Conmigo cuenta. »

(1) My Kingdom for a horse.
SHAKESPEARE.

A sacar al rei acude
de la pesadilla horrenda :
« Mi rei! mi señor! » le grita,
y le mueve, y le despierta.

Abre los ojos D. Pedro
y se confunde y se aterra,
hallándose en tal estado,
y con un hombre tan cerca.

Mas luego que reconoce
al noble Sanabria, alienta,
y, *Soñé que andaba á caza,*
dice con turbada lengua.

Sudoroso, vacilante,
se alza del suelo, se sienta
en un sillón, y pregunta :
« Hai, Sanabria, alguna nueva? »

« Señor, responde Sanabria,
el frances hizo la seña. »
« Pues vamos, dice D. Pedro,
haga el cielo lo que quiera. »

Se prepara de unas fojas
bajo la veste encubiertas,
cala un casco sin penacho,
sin gorjal y sin visera,

Una espada de Toledo,
y una daga de hoja estrecha
pone en la cintura, un manto
sobre los hombros sujeta :

Y él y Sanabria en silencio
la asombrada estancia dejan.
Por un caracol oculto
descienden con gran presteza ,

Salen á la barbacana,
á un sitio apartado llegan,
en donde con dos caballos
un palafrenero vela.

Cabalgan sin ser sentidos,
y hendiendo la oscura niebla,
adonde el farol los llama,
y aun mas su destino, vuelan.



ROMANCE IV.

LOS DOS HERMANOS.

De Mosen Beltran Claquin
ante la tienda de pronto
páranse dos caballeros
ocultos en los embozos.

El rei D. Pedro era el uno,
Rodríguez Sanabria el otro,
que en la fe de un enemigo
piensan encontrar socorro.

Con gran priesa descabalgan,
y ya se encuentran en torno
rodeados de franceses
armados y silenciosos,

En cuyos cascos gascones,
y en cuyos azules ojos
refleja el farol, que alumbra
cual siniestro meteoro.

Entran dentro de la tienda
ya vacilantes, pues todo
empiezan á verlo entónces
de aspecto siniestro y torvo.

Una lámpara de azófar
la alumbra trémula y poco;
mas deja ver un bufete,
un sillón de roble toscó,

Un lecho y una armadura,
y lo que fué mas asombro,
cuatro hombres de armas, inmóbles,
de acero vivos escollos.

D. Pedro se desemboza
y, *Vamos ya*, dice ronco,
y al instante uno de aquellos,
con una mano de plomo,

Que una manopla vestia
de dura malla, brioso
ase el regio brazo y dice:
« Esperád, que será poco. »

Al mismo tiempo á Sanabria
por detras sujetan otros,
arráncanle de improviso
la espada, y cubren su rostro.

Traicion!...traicion!... gritan ambos
luchando con noble arrojo;
cuando entre antorchas y lanzas
en la escena entran de pronto

Beltran Claquin desarmado,
y D. Enrique furioso,
cubierto de pié á cabeza
de un arnés de plata y oro,

Y ardiendo limpia en su mano
la desnuda daga, como
arde el rayo de los cielos,
que va á trastornar el polo.

De D. Pedro el brazo suelta
el forzado armado, y todo
queda en profundo silencio,
silencio de horror y asombro.

Ni Enrique á Pedro conoce,
ni Pedro á Enrique : apartólos
el cielo hace muchos años,
años de agravios y enconos,

Un mar de rugiente sangre,
de huesos un promontorio,
de crímenes un abismo,
poniendo entre el uno y otro.

D. Enrique fué el primero
que con satánico tono,
« ¿ Quién de estos dos es, prorumpe,
el objeto de mis odios ? »

« Vil bastardo (le responde
D. Pedro iracundo y torvo)
yo soi tu rei ; tiembla, aleve :
hunde tu frente en el polvo. »

Se embisten los dos hermanos ;
y D. Enrique, furioso
como tigre embravecido,
hiere á D. Pedro en el rostro.

D. Pedro, cual leon rugiente
Traidor ! grita ; por los ojos
lanza infernal fuego , abraza
á su armado hermano , como

A la colmena lijera
feroz y forzado el oso,
y traban lucha espantosa
que el mundo contempla absorto.

Caen al suelo , se revuelcan ,
se hieren de un lado y otro ,
la tierra inundan en sangre,
lidian cual canes rabiosos.

Se destrozan , se maldicen ,
dagas , dientes , uñas , todo
es de aquellos dos hermanos
á saciar la furia poco.

Pedro á Enrique al cabo pone
debajo , y se apresta ansioso ,
de su crueldad ó justicia
á dar nuevo testimonio ;

Cuando Claquin (oh desgracia !
en nuestros debates propios
siempre ha de haber extranjeros
que decidan á su antojo.)

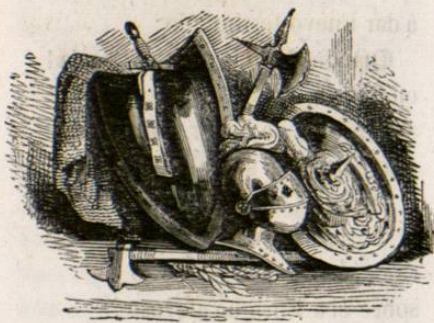
Cuando Claquin trastornando
la suerte llega de pronto ,
sujeta á D. Pedro , y pone
sobre él á Enrique alevoso ,

Diciendo el aventurero
de tal maldad en abono :
« Sirvo en esto á mi señor ;
ni rei quito , ni rei pongo. »

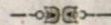
No duró mas el combate ;
de su rei en lo mas hondo
del corazon , la corona
busca Enrique, hunde hasta el pomo

El acero fratricida,
y con él el puño todo
para asegurarse de ella ,
para agarrarla furioso.

Y la sacó.... Goteando
sangre !!!.... De funesto gozo
retumbó en el campo un *viva* ,
y el infierno repitiólo.



DON ÁLVARO DE LUNA.



ROMANCE I.

LA VENTA.

En la ruta de Portillo
y en las márgenes del Duero ,
hubo (aun escombros lo dicen)
una venta en otro tiempo.